

# Reflexiones sobre/para una microtextualidad sostenible en el ciberespacio<sup>1</sup>

Paulo Gatica Cote

Universidade de Santiago de Compostela

## 1. Los demasiados tuits

*Los demasiados tuits nunca son nuestros.* Esta dudosa actualización del conocido ensayo de Gabriel Zaid sirve para plantear los tres ejes principales de este artículo. De la frase se desprende, en primer lugar, que la época actual viene marcada desde hace un par de décadas por el surgimiento, consolidación y dominio de las redes sociales y de otras plataformas de servicios y contenidos. El valor de cotización de Meta (Facebook-Instagram-WhatsApp), Amazon o Twitter —Elon Musk acaba de pagar más de 40.000 millones de euros por la compañía—, el número de usuarios o su patente influencia atestiguan que no hay que obviar esta situación. En segundo lugar, apunta a uno de los fenómenos inherentes a su lógica y funcionamiento: la hiperproducción y estandarización comunicativas, el flujo incesante de datos entre millones de usuarios impelidos a intercambiar historias, *feeds*, *reels*, tuits, posts de manera tan sistemática como compulsiva. El exceso se convierte en norma, aunque esta “semioinflación” suele ir acompañada por una amplia gama de comandos, reacciones y comportamientos programados y fomentados. Como explica Berardi, “necesitamos más signos, palabras e información para comprar menos significado” (2014: 124). Finalmente, la configuración tecnosocial del ciberespacio requiere un entramado conectivo lo más extenso posible para que la información circule sin impedimentos que pudieran mermar —en teoría— la velocidad y accesibilidad de las transmisiones. Cada vez que emitimos los fugaces trinos o compartimos *stories* a través de esos objetos bellamente cerrados y opacos, ponemos en funcionamiento una serie de redes e infraestructuras materiales de la que dependen, sin ir más lejos, la fabricación del aparato, la conexión inalámbrica, el almacenamiento

---

<sup>1</sup> Este trabajo fue realizado durante el período de disfrute de una Ayuda Juan de la Cierva Incorporación (IJC2020-044411-I) y forma parte de las actividades del proyecto de investigación PERFORMA2. Metamorfosis del espectador en el teatro español actual (PID2019-104402RB-I00) (2020-2023).

de los datos en la nube, la luminosidad de la pantalla, la duración de la batería o las actualizaciones del software.

En cierto modo, se ha establecido un consenso mayoritario en torno a la idea de una sociedad contemporánea desconocedora del silencio, que abraza el bullicio, la hiperexposición y la efervescencia urbana y comunicativa a modo de *locus amoenus*. La propia esfera capitalista asigna y distribuye el tiempo humano; la cada vez más relegada división trabajo/ocio es reemplazada por la mentalidad 24/7, que consagra, entre otros elementos, la plena disponibilidad, la ludificación del ámbito laboral y la autoexplotación “entusiasta” (Crary, 2015; Zafra, 2017). Por otra parte, existe una fuerte imbricación del ciberespacio con conceptos como capitalismo social o capitalismo afectivo. En los entornos digitales coinciden la producción de formas de sociabilidad y la producción económica, ya que, en palabras de Juan Martín Prada, “las empresas de la nueva web tratan de producir vida social, relaciones humanas, en una rentabilísima estrategia basada en la indistinción entre economía y comunicación” (2012: 52).

Debido a la supuesta apertura de la web, los cibernautas perciben una sensación de mayor “libertad” en la producción, recepción y manipulación de contenidos, ya que les permite expresarse a través de canales no sujetos a los controles de los medios tradicionales. Asimismo, el FOMO (*Fear of Missing Out*) vuelve a los usuarios más proclives a la plena participación, pues el constante *update* parece constituirse en la única arma frente al temor a desincronizarse de una actualidad que nace obsoleta. Contra este miedo a dejar de ser/existir como sujetos-nodos en apariencia valiosos para la red, los “me gusta”, *fav*s y demás mecanismos de gratificación en el ciberespacio representan, por un lado, un paradójico sentimiento de individualidad-pese-a-todo; es decir, la supervivencia de la capacidad de agencia de una subjetividad que no se deja arrastrar por los múltiples estímulos que tratan de robar su atención y mantiene intacta la capacidad de distinguir, de establecer a voluntad la necesaria distancia para ejercer la crítica. Por otra parte, supone el derrocamiento de lo cualitativo-esencial por lo cuantitativo y la posterior reconversión de lo cuantitativo en cualitativo.

De todas formas, no se puede soslayar que, junto a los habituales comportamientos graforreicos y de registro compulsivo, las comunidades *online* han demostrado una asombrosa capacidad de aprovechamiento de un paisaje mediático saturado de cuentas, perfiles, blogs o foros que canalizan las necesidades expresivas de la multitud conectada. En cierto sentido, esta coyuntura ha propiciado la recuperación de formas y géneros breves, de escrituras y producciones veloces, la mayor parte de las veces calificadas de

superficiales e improvisadas, que tienden a condensar y expandir su carga semántica — en suma, a aumentar el tiempo necesario para su decodificación— como la minificción, la greguería, la viñeta, el aforismo, el haiku, el meme, el *gif* u otras nanocápsulas audiovisuales. La pulsión extimista encuentra en el terreno de la microtextualidad un gran aliado por dos motivos principales: las propias características del medio imponen la limitación de caracteres y del tiempo destinado a la interacción con cada pieza. Se observa también una confusión cada vez más generalizada con terribles efectos estéticos y pragmáticos: la peligrosa asociación de la brevedad con una mayor facilidad-velocidad de producción y, por ende, un mayor rendimiento en términos de visibilidad y reconocimiento en el ciberespacio (Gatica, 2017; 2020). En las redes sociales encuestas, *fake news*, fotografías, menciones, hashtags, vídeos o *memes* comparten espacio y atención con prácticas culturales legitimadas institucionalmente; de ahí que, en buena medida, *escribir breve* se ha acabado confundiendo —o convirtiendo— con *escribir formas breves*.

Un análisis precipitado de la creación digital podría derivar en la enésima reedición del debate entre apocalípticos e integrados, en la peliaguda cuestión de la literariedad/artisticidad ligada al soporte o en la siempre controvertida determinación de la “calidad” artística o literaria. A la hora de analizar obras y trayectorias, se suele insistir en una condición tecnomediática supuestamente “revolucionaria” e “impactada” por los (ya no tan) nuevos medios. Ante esta situación, parte de la crítica literaria se ha refugiado en valores y juicios esencialistas: a la par que se niega o se minusvalora la relevancia de la creación en redes sociales —o incluso el interés académico—, se refuerza el aparato ideológico que garantiza la “excepcionalidad” de la literatura o del arte como esferas diferenciadas de otras prácticas humanas. Con todo, sin negar la evidencia acerca de los usos y fines que realizan la mayoría de los usuarios en las redes sociales<sup>2</sup>, tampoco se deben obviar las múltiples, heterogéneas y fecundas sinergias entre los ámbitos de lo micromediático y de lo microtextual.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Entre los muchos ejemplos posibles, ofrezco el ranking elaborado por Social Blade en el que recoge las cuentas con más seguidores en diferentes redes sociales. A fecha de enero de 2022, lideran la lista en Twitter Barack Obama, Justin Bieber, Katy Perry, Rihanna, Cristiano Ronaldo, Taylor Swift, Donald Trump, Elon Musk, Ariana Grande y Lady Gaga. En Instagram: Instagram, Cristiano Ronaldo, Kylie Jenner, Leo Messi, Selena Gómez, The Rock, Ariana Grande, Kim Kardashian, Beyoncé y Khloé Kardashian.

<sup>3</sup> En diálogo con referentes en el terreno de la brevedad en español, entre los que se encuentran Ramón Gómez de la Serna, Julio Torri, Augusto Monterroso o Juan José Arreola, sobresalen creadores “anfíbios” como Margo Glantz (1930), Cristina Rivera Garza (1964), Agustín Fernández Mallo (1967), Alberto Chimal (1970), Vicente Luis Mora (1970), Manuel Bartual (1979), Jorge Carrión (1976) o Andrea Alzati (1989), autores con obra publicada en libro y una intensa producción online, que han encontrado en las plataformas digitales el espacio propicio para emprender proyectos atravesados por poéticas y

## 2. Sostenibilidad y redes sociales

Sostenible, sostenibilidad o sustentable se han convertido en palabras comodín epocales. Se aplican casi sin solución de continuidad en cualquier debate público, o bien para cuestionar un régimen capitalista patológicamente configurado para la explotación desigual de recursos, cuerpos y energías, o bien convertidas en estandartes del tecnofuturismo: gracias a la generalización de innovaciones se podría mantener o incrementar el actual ritmo de vida (en los países más privilegiados). Surge así todo un campo léxico que refrendaría, *de facto*, la promesa del solucionismo tecnológico al naturalizar prácticas e imaginarios hegemónicos alrededor de las ideas de racionalidad, eficiencia u optimización como impulsores del rendimiento económico y de la maximización de la relación coste/beneficio.

Al mismo tiempo, los discursos alternativos suelen ser etiquetados de exóticos o extravagantes, reducciones de las diversas líneas de cuestionamiento a una visión “ingenua”, austera y moralista de la sostenibilidad; es más, la capacidad crítica de las posiciones contrahegemónicas acaba con frecuencia subsumida por el lenguaje del poder. Por ejemplo, el discurso oficial —progresista o conservador— proclama abiertamente su compromiso con el medioambiente, su firme voluntad protectora de la naturaleza y la necesidad de buscar fuentes de energía renovables. Ningún gobierno —con excepciones de sobra conocidas— va a defender una postura contraria al espíritu de la sostenibilidad, aunque sus medidas se circunscribirán a las fronteras del estado nación e ignorarán las complejas interdependencias planetarias. Por tanto, sostenible y sus palabras afines han sido incorporadas al léxico de cualquier organismo o empresa que desee mostrarse “moderna”, “concienciada”, “innovadora” y, a la postre, humana, pese a dejar intactas las contradicciones de un sistema que se sabe injusto y contaminante. Únicamente se ha coloreado el famoso lema neoliberal *there is no alternative* con las bondades de una deseable digitalización universal, falazmente concebida como inmaterial, democratizadora, *trash-free* y *ecofriendly*.

Respecto a este devenir digital de las sociedades, se ha aceptado la concepción inmaculada de nuestros ordenadores, teléfonos móviles, servicios o plataformas de contenidos *online*. Acerca de la invisibilidad/inmaterialidad de las redes, se ha de recordar la fuerte materialidad de la “tecnoesfera” (Haff, 2013), conectada asimétricamente

---

sensibilidades vanguardistas, inter/transmediales, fragmentarias, conceptuales o ingeniosas en sentido amplio.

mediante millones de antenas y de cientos de miles de kilómetros de cables submarinos en manos de corporaciones privadas, así como por los miles de satélites de comunicaciones que orbitan alrededor de la tierra, muchos de los cuales se acumulan en la órbita vertedero o vagabundean junto a otros residuos espaciales. Tampoco debemos olvidar los cientos de centros de datos, repartidos de manera desigual y alimentados en un elevado porcentaje por fuentes de energía contaminantes; ni las globalizadas ciudades-vertederos de *e-waste* como Guiyu o Agbogbloshie, receptoras de millones de toneladas de basura electrónica de origen fundamentalmente europeo o estadounidense. Por supuesto, hay que resaltar uno de los rostros de la materialidad del ciberespacio menos advertidos por el usuario “primermundista”, pese a las consecuencias políticas, socioeconómicas y ambientales que acarrea: la extracción de litio, de coltán y de otros minerales raros, materias primas indispensables en la producción, el mantenimiento y la renovación de los dispositivos electrónicos. Además, la obsolescencia programada supone otra expresión del derroche en términos energéticos y materiales no renovables, porque no se suelen considerar los costes ni la procedencia de las energías —ni las condiciones laborales— empleadas en el lanzamiento de las nuevas versiones que vienen a reemplazar los “viejos” y todavía funcionales aparatos-residuos.

Este aspecto ha sido oportunamente obviado por un sector de la crítica que ha abrazado sin matices posicionamientos tecnofílicos. De esta forma, no solo las megaestructuras consagradas al depósito o tratamientos de residuos, cuya presencia resulta a todas luces palmaria, han desaparecido de nuestra geografía para asentarse en una suerte de no-lugar o de existencia virtual, sino que también se ha detenido la reflexión justo delante de nuestras pantallas. Eugenio Tisselli comenta en “The Heaviness of Light” que la abstracción o la desmaterialización han sido a menudo identificadas como la esencia de lo digital, a pesar de la exacerbada materialidad que la sustenta y que está diseñada para evadir nuestra percepción/compreensión. En paráfrasis del netartista e investigador afincado en Ciudad de México: ese entramado se oculta detrás de un velo de nubes que nos deja un distintivo sabor metálico (2020: 409).

Ciertamente, las prácticas online han evidenciado hasta qué punto el propio concepto de literatura ha sufrido una considerable erosión; no obstante, en dicho proceso de redefinición de los fundamentos epistemológicos, socioestéticos y culturales del sistema literario se vio exacerbado el debate tipológico y ontológico y, en consecuencia, las consideraciones ecológicas y medioambientales quedaron relegadas de los estudios literarios y culturales hasta bien entrada la segunda mitad del siglo pasado. Por suerte,

investigaciones amparadas teóricamente por las humanidades ambientales o los nuevos materialismos han aportado a la reflexión conceptos tan capitales para el abordaje de esta dimensión material como Antropoceno, Tecnoceno o Capitaloceno. Por esta razón, en consonancia con las líneas y objetivos encuadrables en el denominado *environmental turn* (Sörlin), defiende la compatibilidad de los debates estéticos con las perspectivas ecocríticas en cualquier indagación acerca de la literatura electrónica y de otras manifestaciones ciberculturales. Me sumo, pues, a José Manuel Marrero en su reivindicación de una “filología verde”, que integre en el análisis cultural y literario “una conciencia medioambiental que responde ética y estéticamente a las circunstancias ecológicamente críticas del momento” (2021: 419). Ante el peligroso canto de sirena del ecologismo *cool*, dispensador de tópicos y cómplice necesario para el mantenimiento del *statu quo* tardocapitalista, Marrero aboga por una “crítica sostenible” para reflexionar sobre las relaciones entre literatura y paisaje, literatura y naturaleza, literatura y medio ambiente o, como en este caso, literatura y sostenibilidad; es decir, “una crítica instalada en el tiempo, con plena conciencia de ocupar un momento histórico y dispuesta a que los asuntos de época inspiren su actividad” (2011: 31).

### **3. Apuntes sobre/para una microtextualidad sostenible**

Responsabilizadas por las conclusiones del célebre informe publicado en 1972 por el Club de Roma sobre los límites del crecimiento, que demostraba la íntima conexión entre el aumento de la producción y del consumo y la degradación social y ecológica, así como influidas por otras manifestaciones decrecentistas del *Slow Movement*, han surgido en los últimos años varias iniciativas encaminadas a la práctica de un “minimalismo digital” (Newport, 2021). El profesor Cal Newport, acuñador del concepto, predica “una filosofía del uso de la tecnología por la que concentras el tiempo en línea en una pequeña cantidad de actividades cuidadosamente elegidas y optimizadas que apoyan sólidamente las cosas que más valoras mientras te olvidas, encantado, de todas las demás” (2021: 44). Igualmente, se comienza a vislumbrar la aparición, aunque de modo marginal, de un nuevo valor a considerar en el diseño digital: la huella de carbón de las *websites*. Además, en oposición a un modelo cultural inflacionario y multipantalla, caracterizado por grandes consumos de datos online y, por ende, de energía, se promueve la *digital sobriety*, que propone un uso “consciente” y moderado. Por su parte, Kris de Decker (2015) alega que la infraestructura tampoco debería favorecer un potencial consumo infinito, no solo por el aumento de usuarios conectados, sino principalmente por el incremento del volumen

de datos per cápita, motivado por la extensión de los dispositivos móviles, de la conexión WiFi y de los servicios en tiempo real, en alta definición y sin latencia, a ser posible.

Entonces, ¿qué podemos entender por “microtextualidad sostenible”? Quizá el adjetivo se refiere a una particular y eficiente relación entre el significante y el significado. Así, cobraría sentido el principio de economía verbal que guía la mayor parte de las poéticas y caracterizaciones de las formas breves: expresar más con menos, la elipsis, la densidad, la concisión, la teoría del iceberg, la miniaturización, la fractalidad, lo cuántico... Ahora bien, desde otro punto de vista, podría analizarse el derroche de papel, la cantidad de espacio “en blanco” por página, el precio excesivo por un libro de apenas doscientos aforismos o, incluso, la aparente pereza de la mano que los creó en un margen de tiempo reducido. O, tal vez, se refiera al gasto energético que supone para un cuerpo leer y descodificar cada una de estas píldoras, así como el grado óptimo de memorabilidad para garantizar la supervivencia de los microtextos en los receptores tras abandonar la página o pantalla. ¿La dificultad hermenéutica actuaría como un catalizador del gasto de energía? Igualmente, una microtextualidad sostenible podría significar una apuesta por el ahorro de “energías creativas” a través de procedimientos apropiacionistas o de posproducción.

Si la sostenibilidad literaria implica una manera de imaginar-crear-leer a partir de unas coordenadas ecologistas/ecocríticas, nuestra indagación también podría dirigirse al tipo de papel o de tinta empleados, o a la resolución de las imágenes, a la potencia de procesador y de tarjeta gráfica requeridas para operar sin interferencias ni *delays*: a mayor resolución, mayor consumo energético. Tal vez esta manera de plantear la sostenibilidad literaria aspire a lograr una huella de carbón neutra. Y, es más, sería posible incorporar a la teoría de los géneros literarios una propuesta de clasificación según su impacto medioambiental y, por consiguiente, establecer la supuesta existencia de géneros más sostenibles que otros.

En resumidas cuentas, la microtextualidad constituye un fenómeno propicio para el ejercicio transdisciplinario de la “crítica sostenible”, para adquirir una mayor conciencia de la materialidad-mundanía de la creación literaria en el Antropoceno/Capitaloceno/Tecnoceno. Si se acepta a la ligera el célebre axioma “menos es más” —o su versión Netflix protagonizada por Marie Kondo—, se halla en el aforismo, en el haiku o en el microrrelato manifestaciones preclaras de una literatura sostenible. Como ya se ha comentado, estas formas breves apelan a una serie de valores — concentración, miniaturización o esencialidad— coincidentes con los empleados para

describir y caracterizar las poéticas minimalistas: optimización del tiempo, consumo concentrado y esencial, reducción de lo superfluo, desprendimiento de lo innecesario, etc. Sin embargo, con el objetivo de plantear la problemática con el debido rigor, convendría preguntarse por el “peso” de cada palabra, especialmente si se tiene en cuenta lo expuesto acerca de los microtextos en redes sociales. En consecuencia, tampoco habría que descartar factores como la conexión por cable o por WiFi (más contaminante), la descarga de archivos o el uso de servicios de *streaming* (más contaminante), el acceso a través de un ordenador de sobremesa o de un móvil (más contaminante), además de considerar la obsolescencia programada y la “voluminosa” realidad material sobre la que se asienta este sistema.

## **Bibliografía**

- BERARDI, F. (2014). *La sublevación*, Ciudad de México, Surplus Ediciones.
- CRARY, J. (2015). *24/7. El capitalismo al asalto del sueño*, Barcelona, Ariel.
- DECKER, K. (2015). “Why We Need a Speed Limit for the Internet”. *Low-Tech Magazine*. <https://www.lowtechmagazine.com/2015/10/can-the-internet-run-on-renewable-energy.html>
- GATICA COTE, P. (2017). “Las trampas de la brevedad: estética del fraude en la minificción hispánica contemporánea”, *Fix100. Revista hispanoamericana de ficción breve*, 6, pp. 57-72.
- (2020). “De tuitertura: una aproximación (y algunas reflexiones desde la tuitertura mexicana)”, *ILCEA*, 41. <https://journals.openedition.org/ilcea/11357#entries>
- HAFF, P. K. (2014). “Technology as a geological phenomenon: implications for human well-being”, en *A Stratigraphical Basis for the Anthropocene*, eds. C. N. Waters et al., London, Geological Society, pp. 301-309.
- MARRERO HENRÍQUEZ, J. M. (2011). “Introducción sobre literatura y sostenibilidad en la era del Antropoceno”, en *Literatura y sostenibilidad en la era del Antropoceno*, ed. J. M. Marrero, Las Palmas de Gran Canaria, Fundación Mapfre, pp. 17-24.
- (2021). “Filología verde y poética de la respiración para un mundo contaminado”, *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 5, pp. 417-435.
- MARTÍN PRADA, J. (2012). *Prácticas artísticas e internet en la época de las redes sociales*, Madrid, Akal.

NEWPORT, C. (2021). *Minimalismo digital. En defensa de la atención en un mundo ruidoso*, Barcelona, Paidós.

SÖRLIN, S. (2014). “Environmental Turn in the Human Sciences”.  
<https://www.ias.edu/ideas/2014/sorlin-environment>

TISSELLI, E. (2020). “The Heaviness of Light”, en *Post-Digital: dialogues and debates from electronic book review*, vol 2, ed. J. Tabbi, London-New York-Oxford-New Delhi-Sydney, Bloomsbury, pp. 409-420.

ZAFRA, R. (2017). *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*, Barcelona, Anagrama.